

---

**EL FORASTERO EN LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA. LAS  
DINÁMICAS INTRA Y EXTRACOMUNITARIAS DE LA  
VIOLENCIA EN LA RETAGUARDIA REPUBLICANA<sup>1\*</sup>  
THE STRANGER IN THE SPANISH CIVIL WAR. THE  
INTRA- AND EXTRA-COMMUNITY DYNAMICS OF VIOLENCE  
IN THE REPUBLICAN REARGUARD**

*Assumpta Castillo Cañiz. Universitat Autònoma de Barcelona, España.*

*E-mail: [assum.castillo@gmail.com](mailto:assum.castillo@gmail.com)*

---

**Resumen:** La autoexculpación y la culpabilización del otro es un rasgo común en los relatos bélicos, de trauma o violencia. A menudo, cuando se trata de un discurso colectivo, como ocurre en la guerra civil española, el “yo” pasa a ser el “nosotros”, mientras que el “otro” o “los otros” serían agentes extraños que habrían perturbado la paz comunitaria con la impunidad de cierto anonimato. No obstante, elementos como el papel de víctima concedido a la población civil en el contexto de brutalización o, por otro lado, la consideración de la comunidad como un equilibrio estable sin fisuras aislado de su entorno esconden un complejo y frágil mapa de grietas cuyo encaje amenaza con tambalearse tras el estallido del conflicto.

**Palabras clave:** guerra civil española, forastero, comunidad local, violencia, revolución.

**Abstract:** The self-exculpation and the blame of the other is a common characteristic among war, trauma or violence accounts. When it comes to a collective discourse, as in the Spanish Civil War occurs, the ‘self’ becomes ‘us’ and the ‘other’, or ‘the others’, strange agents who would have disturbed the community peace with the impunity of certain anonymity. However, elements as the role of victim conceded to the civilian population in contexts of brutalisation, or the consideration of the community as a seamless and isolated stable equilibrium, hide a complex and fragile map of cracks which lace threats to stagger with the conflict’s outbreak.

**Keywords:** Spanish Civil War, outsider, local community, violence, revolution.

---

<sup>1</sup> Recibido: 30/11/2014 Aceptado: 05/01/2015 Publicado: 20/01/2015

\* Los agradecimientos son forzosamente breves pero no menos sinceros. A Javier Rodrigo, por la oportunidad; muy especialmente a David Alegre, que siempre me lee y siempre me cuida; y por último a los evaluadores que han contribuido con sus oportunas referencias a enriquecer este artículo.

*Arribem allí i ja s'havia fet la massacre, i estava un solet, allà, a la porta del cementeri, en uns banquetes de pedra que hi havia a la vora, assentat, en un revòlver a la mà, però un revòlver potser dels temps de Rita la cantaora. No sé què hi fie, no hi havia ningú, i diu lo amiguè que anàvem: quants n'han matat? I salta aquell i diu: has de dir quants n'hem matat! Volguent-se'n fer partícipe ell. Pos no era més prudent que hagués dit: 'pos mira, m'han obligat'...?'<sup>2</sup>*

El “que viene de fuera”, el “forastero”, “desconocido” o “extraño” es un personaje clave de la guerra civil española. Pese a lo ambiguo del término aparece en numerosos testimonios, memorias y literatura que ha empapado, a su vez, y de forma notable, el discurso historiográfico hasta nuestros días. Con tales calificativos se suele definir a aquellos que, tras el levantamiento cívico-militar de julio del 36 y su fracaso en zonas como Madrid o el Levante catalán y valenciano, partieron en columnas hacia los lugares donde sí había triunfado el golpe para “liberar” a las comunidades que habían quedado bajo el poder fascista.<sup>3</sup> La mayoría de sus integrantes eran componentes de fuerzas revolucionarias para las cuales una eventual victoria en el inesperado conflicto no sólo pasaba por derrotar al fascismo, sino que incluía una oportunidad, única tras el derrumbe institucional republicano, de llevar a cabo la tan cacareada a la vez que difusa revolución. A estos voluntarios de primera hora se les suelen achacar también todos los “males”, “desmanes”, abusos, violencia y destrozos producidos durante los primeros meses del conflicto, relativos ya no sólo al hecho revolucionario, sino a una suerte de comportamiento arbitrario en propio beneficio aprovechando la quiebra del poder. En realidad, el “forastero” y el “incontrolado”, otro protagonista de éxito en los relatos de la guerra, son la doble cara de un binomio recurrente a la par que confuso, como se intentará dilucidar aquí.

Algunos trabajos precedentes han ahondado ya en lo desacertado del término “incontrolado”, señalando su condición de cajón de sastre o lugar común para hacer referencia a los autores de la violencia de los primeros días en la retaguardia republicana. La selección de los blancos, la participación de todos los sectores en ese pretendido “descontrol”, en plena competición por el poder en la retaguardia, y el difícil encaje de unos motivos única y exclusivamente ceñidos a la clase de la víctima, también referidos en cambio a su condición ideológica, contribuyen a desmoronar el mito del “incontrolado” y muestran la parcialidad de las fuentes de época y la bibliografía que acuden a dicho término para solucionar el complejo mapa de las violencias tras el frente de guerra.<sup>4</sup> No obstante, lo cierto es que sigue habiendo trabajo por hacer. Si la complejidad tocante a la condición de víctima ha sugerido hasta el momento estudios específicos de gran valor, lo mismo debería suponer el intrincado problema de identificar con mayor precisión el perfil del verdugo, del iconoclasta, del ladrón.<sup>5</sup>

<sup>2</sup> Entrevista a Antonio Castañ, Fraga, 5-10-2014.

<sup>3</sup> Un ejemplo en SOUCHY BAUER, Augustin, (1977) *Entre los campesinos de Aragón*, Barcelona, Tusquets.

<sup>4</sup> Una sólida argumentación contraria a la generalización del “incontrolado” en CASANOVA, Julián: “Rebelión y revolución”. En: S. Juliá (coord.), *Víctimas de la guerra civil*, Madrid, Temas de Hoy, 1999, pp. 57-185. Por otra parte, voces como la del británico EALHAM, Chris: “«De la cima al abismo»: las contradicciones entre el individualismo y el colectivismo en el anarquismo español”. En: P. Preston (ed.), *La República asediada. Hostilidad internacional y conflictos internos durante la guerra civil*, Barcelona, Plaza & Janés, 1999, pp. 147-174, han contribuido a complejizar la figura del “incontrolado” dotándole de coherencia ideológica dentro del campo del anarquismo, sector al que más se atribuye la existencia y acción de estos sujetos.

<sup>5</sup> Dos nombres han contribuido sobremedida a romper este durísimo hielo, cuyas obras han sido una lectura imprescindible para el presente trabajo: LEDESMA, José Luis, (2003) *Los días en llamas de la revolución. Violencia y política en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la guerra civil*, Zaragoza,

El presente trabajo ha tenido por objeto de estudio principal la retaguardia republicana aragonesa, un caso de por sí extremadamente amplio y complejo. Debido a ello, la muestra local se ha centrado sobre todo en una de sus comarcas orientales, La Llitera oscense, cuyas condiciones de retaguardia secundaria, próxima por otro lado a territorio catalán, aunque no específicas, sí presentaban unos patrones de movilización y complejidad ante la vivencia de la violencia que la hacían sumamente interesante. Sin embargo, esto no significa que lo observado quede vedado a este espacio de análisis específico, como muestran trabajos relativos a otras latitudes y realidades bélicas.<sup>6</sup> Por otro lado, debo advertir que no ha sido mi intención ahondar en el análisis del hecho violento en sí ni en el perfil individualizado del verdugo, más allá de su condición de persona totalmente ajena o, por el contrario, conocida dentro de la comunidad. El análisis se centra por contra en las dinámicas endógenas de dicha violencia, lo cual forma parte de su intrincado proceso de gestación y desarrollo.

## 1. ¿QUIÉN ES FORASTERO EN UNA SOCIEDAD?

Como todo conflicto de amplias dimensiones, la guerra civil española provocó una gran movilidad de población: hombres y mujeres combatientes, quintos o voluntarios; desplazados, refugiados y exiliados. Todos aquellos y aquellas que ya desde los primeros días hicieron que las carreteras amanecieran con “un continuo hormigueo de autobuses, camionetas, coches, repletos de gente de todas las edades”, contribuyeron a crear una peculiar porosidad de espacios y relaciones que, si bien no era nueva, sí se caracterizó por una intensidad y una naturaleza netamente distintas respecto a momentos anteriores.<sup>7</sup> Esto fue especialmente visible en aquellos lugares cuyas comunidades habían sido de dimensión muy reducida hasta la fecha, como lo había sido su espacio de sociabilidad, estrecho y compuesto de rostros más o menos conocidos. Con la llegada del conflicto muchas cosas cambiarían: las relaciones sociales y de poder, los vínculos vecinales y comunitarios y, sobre todo, el horizonte físico y humano.

Según la RAE el término “forastero” tiene tres acepciones, todas ellas complementarias: “Que es o viene de fuera del lugar”, “Dicho de una persona que vive o está en un lugar de donde no es vecina y donde no ha nacido” y “Extraño, ajeno”. Sin embargo, resulta chocante bajar “hasta abajo del todo”, a lo local y a las fuentes que lo ilustran, para comprobar que el concepto es extremadamente laxo en el caso que me ocupa, a juzgar por la disparidad de sujetos que responden a tal denominación, sobre todo en los primeros meses del conflicto. Entre ellos se puede observar que al estricta-

---

Institución Fernando el Católico, y “Qué violencia para qué retaguardia o la República en guerra de 1936”. En: *Ayer*, 76 (2009), pp. 83-114. Acerca de los “cazacapellanes” e iconoclastas: THOMAS, María, (2014) *La fe y la furia. Violencia anticlerical popular e iconoclastia en España, 1931-1936*, Granada, Comares.

<sup>6</sup> La complicidad y actuación violenta simultánea del Ustaša “forastero” y la población local durante la Segunda Guerra Mundial en Croacia se puede consultar en KORB, Alexander, (2013) *Im Schatten des Weltkriegs. Massengewalt der Ustaša gegen Serben, Juden und Roma in Kroatien 1941-1945*, Hamburg, Hamburger Edition, pp. 293-297, para una referencia en castellano: ALEGRE LORENZ, David, “El Estado Independiente de Croacia (NDH): encrucijada de imperios, violencias, comunidades nacionales y proyectos revolucionarios (1941-1942)”, en J. Rodrigo (ed.), *Políticas de la violencia. Europa, siglo XX*, Zaragoza, PUZ, 2014, pp. 211-213; de igual modo, podemos encontrar un análisis del complejo tejido de violencias y delaciones comunitarias a lo largo del transcurso de la guerra civil griega, entre otras, en KALYVAS, Stathis, (2006) *La lógica de la violencia en la guerra civil, Barcelona, Crítica; es también el caso de la Francia de posguerra y la intensa depuración contra el colaboracionismo*, en LOTTMAN, Herbert, (1998) *La depuración, 1943-1953*, Barcelona, Tusquets.

<sup>7</sup> GUERRA, Armand, [1997 (1937)] *A través de la metralla*, Montpellier, Éditions du Cers, p. 6.

mente foráneo, que efectivamente ni conoce ni es conocido, debemos añadirle otros “tipos no puros” de forastero, difícilmente clasificables dentro de uno o varios de los tres significados anteriores.

Sea como fuere, y aunque la mención del “desconocido” se haya convertido en un lugar común, el alud de fuentes que hacen referencia a él debe ser tenido en consideración. Ello no deja de mostrarnos hasta qué punto estas nuevas circunstancias de guerra conllevaron un impacto traumático para la población, la primera de las cuales fue precisamente en muchos lugares ese tránsito de combatientes voluntarios. Es difícil pensar en las columnas de milicianos y milicianas y no evocar las imágenes que la recién creada Oficina de Información y Propaganda de la CNT-FAI grabó en Barcelona durante la marcha de algunas de ellas hacia el frente aragonés. Centenares de hombres y algunas mujeres, sobre las cuales la cámara se posa con insistencia, sonrientes y eufóricos parten hacia el combate, hacia Aragón.<sup>8</sup>

Ante el embate revolucionario de la mayoría de estas columnas, cuyo grueso pertenecía en un primer momento a las fuerzas anarcosindicalistas, no pocas fuentes han hecho referencia a su actuación en las poblaciones aragonesas en términos de tiranía que “acabaría forzando la solución colectivista que no pudieron imponer a la agricultura de retaguardia [en referencia al agro catalán]”, y ante los cuales se habrían alzado “campesinos aragoneses [que] no querían que obreros industriales catalanes exultantes de entusiasmo les dijeran lo que tenían que hacer”.<sup>9</sup> Parecería lógico pensar que, de tratarse así, estaríamos ante el avance de una suerte de ejército irregular de ocupación, a lo que algunos de sus integrantes o partidarios respondían, no obstante, que “los campesinos recibieron a los milicianos como libertadores”:

La Columna de Hierro, tal como había hecho la de Durruti en los Monegros, no quiso ser una fuerza militar de ocupación que sometiera a las poblaciones a un «fuero de guerra» (...) sino que entendía que su misión era llevar a la conciencia de la gente el sentido real del combate, es decir, la transformación social y económica<sup>10</sup>

En primer lugar, es perentorio por tanto tener en cuenta a qué columnas se está tachando de conducirse con arreglo a un proceder despótico y, por otro, entender a qué obedece tal divergencia de puntos de vista, sin duda relacionada con una muy distinta concepción del hecho bélico. Este extremo es especialmente relevante si tenemos en

<sup>8</sup> *Reportaje del movimiento revolucionario en Barcelona, 1936* (dir. Mateo Santos); un impacto que Antonio Castañ recuerda bien “només la camiseta d’imperi i el correatge aquell groc a damunt, i el fusil, i assentats pels descapotables, així com a exhibint-se”.

<sup>9</sup> BRADEMAS, John, (1974) *Anarcosindicalismo y revolución en España (1930-1937)*, Barcelona, Ariel, p. 204; y BEEVOR, Arthur, (2005) *La Guerra Civil española*, Barcelona, Crítica, p. 170. Preston, a pesar de intentar complejizar la autoría de la violencia en la retaguardia republicana en su *Holocausto español*, incurre en ciertas visiones reduccionistas en atribuir la colectivización y la violencia precedente a las columnas y en su mayoría a “obreros urbanos que defendían las aspiraciones del anarquismo más purista sin ningún conocimiento de las circunstancias específicas de cada lugar”, p. 418 de la segunda edición en catalán (Barcelona, Base, 2011). Algo por otro lado asegurado de forma persistente en los informes de organizaciones contrarias a la revolución, como indica un “Informe del Comité Regional del Frente Popular de Aragón”, ya en agosto de 1937, en plena ofensiva contra las consecuencias de este tipo en la retaguardia, quienes aseguraban encontrarse “ante una zona regional ocupada por columnas confederales en las que menudean los incontrolados”, en el Archivo General Militar de Ávila, carpeta 82, legajo 1, documento 2, p. 6.

<sup>10</sup> PAZ, Abel, (2001) *Crónica de la Columna de Hierro*, Barcelona, Virus, p. 52. El fragmento anterior de EINSTEIN, Carl, [2006(1936)] *La Columna Durruti y otros artículos y entrevistas de la guerra civil española*, Barcelona, Mudito&Co, p. 23.

cuenta que la proliferación del término “incontrolado” en las fuentes y, sobre todo, la del “forastero” o ajeno a la comunidad, aunque ya presente en los primeros meses del conflicto, cobra mayor importancia a partir de los Hechos de Mayo del 37 y la progresiva pérdida de poder de la CNT y el POUM, lo cual culminaría en agosto del 37 por el desmantelamiento de los proyectos colectivistas y estructuras de poder que habían creado los anarcosindicalistas en la retaguardia.<sup>11</sup> Sin ánimo de ahondar más en estas cuestiones, sí quiero en cambio ocuparme de esos presuntos “ocupantes”, entre los que hallamos sujetos que difícilmente resisten tal categoría. ¿Podríamos acaso considerar “forastero” a alguien que ha nacido en el pueblo aunque no viva en él en el momento del estallido del conflicto? No es un caso aislado el de aquellos que aun siendo naturales del pueblo se encontraban fuera del mismo, por lo general en localidades mayores como la vecina Lleida, Tortosa, Barcelona o, también, otras poblaciones dentro del propio territorio aragonés. La paulatina sangría demográfica de la región, precoz en el caso turolense e igualmente intensa en las comarcas oscenses, había provocado la migración de muchos brazos en décadas anteriores y lo seguía haciendo a la altura del 36. No pocos de ellos, vueltos a sus lugares de origen con asiduidad, habían contribuido al desarrollo y auge de la politización en sus respectivas localidades y lo harán nuevamente en ocasión del inicio del conflicto, algunos enrolados como voluntarios en columnas que se dirigían hacia su Aragón natal.<sup>12</sup> Es el caso, entre otros, de Joaquín Blanco, del municipio oscense de Alcampell, en La Llitera, quien se encontraba en ese momento en la localidad tarraconense de Flix, donde se había convertido en el responsable de la FAI de la fábrica donde trabajaba. Joaquín se presentó al segundo día de estallar el conflicto en la población con tres coches de milicianos cubiertos de colchones e intervino de modo activo en las tareas del comité, ya formado, previo paso al frente. Conxa Pérez, una de las milicianas de los “Aguiluchos de Les Corts” de Barcelona, recientemente fallecida, recordaba también cómo ya en tierras aragonesas y de camino hacia Caspe uno de los componentes del grupo “ens va convèncer per anar a cremar l’església del seu poble”, la cual no obstante parece ser que no fue quemada porque el resto tuvo miedo. Del mismo modo, Jesús Arnal, el cura y célebre “secretario de Durruti” recababa por su parte en sus memorias en la figura de Timoteo, un viejo revolucionario que, tras años de vivir fuera, volvía para la ocasión a Candanos, en el Bajo Cinca, “habiendo llegado con las primeras Columnas, con la ilusión de que *había sonado su hora*”.<sup>13</sup> Datos que por otro lado se complementan con el perfil de aquéllos que, ante el avance de las tropas sublevadas o tras el triunfo de las mismas en sus lugares de origen, habían abandonado sus pueblos y habían pasado a engrosar durante su evasión algunas de las columnas, con las que, en

<sup>11</sup> La dureza del aludido “Informe del Comité Regional del Frente Popular” en el AGMAV es una buena muestra de ello, así como la propagación del mito a través de testimonios como el del comunista Enrique Líster, coautor del desmantelamiento militar de las colectivizaciones aragonesas, quien sentenció ya en el exilio que “ni eran aragoneses, ni campesinos: eran atracadores”, en: LÍSTER, Enrique, (1966) *Nuestra guerra. Aportaciones para una Historia de la Guerra Nacional Revolucionaria del Pueblo Español*, París, Librairie du Globe, pp. 158-159.

<sup>12</sup> Sobre estas redes de migraciones y politización: CASTILLO CAÑIZ, Assumpta: “«Volvían con un poco más de luz en los ojos». Entre Aragón y Catalunya. Migraciones y militancia”. En: VVAA, *Los lugares de la historia*, Salamanca, Ediciones Antema, 2013, 1249-1271.

<sup>13</sup> El caso de Joaquín Blanco relatado por ENJUANES, José y ESPLUGA, Josep, (2010) *Un ball per la República. La vida d'un home d'Alcampell, a la Llitera*, durant el segle XX, Lleida, Pagès, pp. 77-78. El testimonio de Conxa Pérez recogido en CAMPS, Judit, (2006) *Les milícies catalanes al front d'Aragó*, Barcelona, Laertes, pp. 288-301, p. 296, y en OLESTI, Isabel, (2005) *Nou dones i una guerra*, Barcelona, Edicions 62, p. 29. Y, por último: ARNAL, Jesús, (2013) *Por qué fui secretario de Durruti. Memorias del cura que ayudó al líder anarquista en la guerra civil (1936-1939)*, Lleida, Milenio, p. 66. La cursiva es mía.

ciertos casos, habían vuelto a la localidad.<sup>14</sup> El caso de Antoni Costa Duco, oriundo de Peralta de la Sal, es un cruce entre ambas circunstancias. Antoni se hallaba durante el inicio del conflicto en Zaragoza, donde se había afiliado con anterioridad a la CNT. Ante el triunfo de los sublevados en la ciudad, Antoni marchó junto a un compañero de Almudévar hacia Barcelona, desde donde decidió pasar a engrosar la columna Durruti y volver con ella sobre sus propios pasos.<sup>15</sup>

Yendo más allá de las columnas, otro de los componentes del grupo de “forasteros” tampoco encaja en la definición de, al menos, “extraño”. Este segundo caso es el de aquéllos que, sin haber nacido, crecido o vivido nunca en el pueblo, formaban parte de un horizonte muy inmediato a él. No sólo lo habían visitado en repetidas ocasiones y conocían bien a sus gentes, sus patrimonios y sus ideologías, sino que ellos mismos eran bien conocidos allí. Entramos en el terreno pantanoso de “los del pueblo de al lado”.<sup>16</sup> Aunque los detalles de la actuación de estos grupos de “vecinos forasteros” serán ampliados en un apartado posterior, baste decir que casi todas las tipologías de casos que recoge la Causa General franquista –fuente útil siempre bajo la necesidad de tener en cuenta los motivos punitivos y propagandísticos que llevaron a su creación– refieren a una actuación de radio comarcal o próximo.<sup>17</sup>

Asimismo, existe otro “forastero” dentro del ámbito de la comunidad cuya condición es igualmente algo difusa, ya que puede haber vivido, y desde largo tiempo atrás, en la localidad. Se trata de aquellos o aquellas no nacidos ni quizás crecidos en él, pero que sí habían formado parte de su vecindario durante más o menos tiempo. Varios de ellos mantenían un nexo estrecho con alguno de sus habitantes, de parentesco o las más de las veces matrimonial. Encajan aquí los casos que hay detrás de esa sutil línea divisoria entre los que son del pueblo “de toda la vida” y los “recién llegados”, por muy relativo que sea el “recién”, algo que por otra parte queda incluso reflejado en los nombres de algunas casas tras generaciones. En el municipio de Altorricón, el comité que durante los primeros días tomó las riendas del poder local y rigió la vida de la comunidad estaba formado por personas que aun proviniendo del ámbito de la población eran de ascendencia foránea, como se hace constar en las fuentes, por lo que se daba el caso de que

<sup>14</sup> Este fue el caso de los izquierdistas de Fabara y Maella, quienes al parecer entraron en la localidad acompañados por los milicianos catalanes “sin disparar un solo tiro”, en: LEDESMA, José Luis: “La guerra civil y la comarca del Bajo Aragón-Caspe (1936-1939)”. En M. Caballú y F. J. Cortés (coords.), *Comarca del Bajo Aragón-Caspe*, Zaragoza, Diputación General de Aragón, 2008, pp. 153-178, p. 156. Por su parte, Carl Einstein aseguraba que, desde la zona de Zaragoza, jornaleros y pequeños campesinos cruzaban el Ebro por la noche y pasaban a formar parte de la columna Durruti, en: Carl EINSTEIN, op. cit., p. 18; algo que avala Antonio Navarro terciando que en su grupo “la mayoría eran maños. Se habían escapado porque sus pueblos estaban ocupados por los fascistas”, en: CAMPS, Judit, op. cit., p. 276. En la Columna de Hierro, algunos de sus integrantes aprovechaban para hacer incursiones en campo enemigo y regresar con los familiares que habían quedado en la zona sublevada turolense, en: MAINAR CABANES, Eladi, (1998) *De milicians a soldats. Les columnes valencianes en la Guerra Civil espanyola (1936-1937)*, València, Universitat de València, p. 70.

<sup>15</sup> CAMPS, Judit, op. cit., pp. 162-163.

<sup>16</sup> La expresión procede de una entrevista a Felisa Puyal, Barcelona, 11-11-2014, quien recordaba que, siendo niña en Tamarite de Litera, le causó gran impresión la destrucción de imágenes de culto por parte de los que “venían sólo que a hacer mal”. Por lo comúnmente observado di por sentado que hablaba de milicianos desconocidos, a lo que Felisa exclamó: “¿Qué de fuera? ¡Si eran de pueblos de al lado!”.

<sup>17</sup> Algo observable también fuera de la región, como se deduce de las crónicas de Armand Guerra sobre Madrid, en GUERRA, Armand, op. cit., p. 6; o en otras monografías, como la de Ana Belén Rodríguez Patiño sobre la retaguardia conquense: *La Guerra Civil en Cuenca (1936-1939)*, vid. en CASES SOLA, Adriana: “La violencia sexual en la retaguardia republicana española”. En: *Historia Actual Online*, 34 (2014), pp. 69-80, p. 79. En EALHAM, Chris, (2005) *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto 1898-1937*, Madrid, Alianza, pp. 275-298, un ejemplo del tejido comunitario de las violencias en la ciudad.

unos “recién llegados” debieran ordenar la cotidianidad de los naturales de la población.<sup>18</sup>

Por último, cabe considerar un aspecto fundamental. Aunque quizás huelgue decirlo, aquellos grupos de “forasteros armados” que aparecieron en las localidades fueron engrosados por algunos de los hombres de los pueblos por los que pasaban y, en menor medida, por algunas de las mujeres. Aunque elementos como la proximidad del frente o la propia lucha en las poblaciones son variables a tener en cuenta para explicar los índices de casos que cada población presenta, las cifras de este enrolamiento voluntario guardan una fundamental relación con el grado y el signo de la politización previa en los núcleos que las nutrieron.<sup>19</sup>

## 2. PENSAR EL FORASTERO

Ante tal variedad de casos presentes entre aquellos “forasteros” de los primeros días, una de las tareas prioritarias sería responder por qué, sin embargo, las fuentes coinciden en esa misma definición u otras similares, que desde luego no parecen nada inocuas.

Muchas sociedades que han vivido una situación traumática como la que estamos analizando aquí muestran una clara tendencia hacia la exculpación, un afán por presentarse como víctima de unas circunstancias no deseadas y, muy al contrario, sufridas en carne propia.<sup>20</sup> Señalar a unos culpables foráneos o extraños respecto al colectivo parece cumplir una indudable función “terapéutica” destinada a la supervivencia del encaje comunitario, apelando a la cerrazón de filas y a cierta armonía original. De este modo, la objetivación de la violencia se resuelve en una división maniquea tras la que el restablecimiento de la calma está asegurado. Hoy en día, décadas después del conflicto y de sus largas consecuencias, esta sanación comunitaria está estrechamente relacionada con la idea de la “Tercera España” que Paul Preston reflejara en el título de su obra de 1998 y que la historiografía y el discurso institucional han reproducido en numerosas ocasiones.<sup>21</sup> Esa tercera España representa por un lado la democracia liberal encarnada por los integrantes y dirigentes de las instituciones y el gobierno de julio del 36 y por ciertos sujetos de la clase política e intelectual que, o bien sufrieron la impugnación y

<sup>18</sup> Archivo Histórico Nacional, Causa General de Altorricón 1412.39 y Centro Documental de la Memoria Histórica, PS Barcelona 397-9-3 «Informes sobre personas y municipios», en donde por otra parte se relatan las quejas del Partido Comunista y la CNT locales que a posteriori critican la obra del comité.

<sup>19</sup> En pueblos como Utrillas, en las Cuencas Mineras, los voluntarios habrían ascendido a ochenta, todos ellos enrolados en la columna Durruti, según FORTEA GRACIA, José, (2005) *Mi paso por la Columna Durruti 26 División*, Badalona, Centre d'Estudis Libertaris Federica Montseny, p. 31. Del mismo modo, la Comarcal de la CNT de Monzón cuenta que sus voluntarios llegaron a un dilatado 40 % de la población, en: *Realizaciones revolucionarias y estructuras colectivistas de la Comarcal de Monzón* (Huesca), Barcelona, 1977, p. 18. Por otro lado, la Roja y Negra habría sido formada casi enteramente por gente del Alto Aragón, en: PEDREIRA, Josep, (2003) *Soldats catalans a la Roja i Negra (1936-1939)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, p. 53. Sobre el hecho que las milicianas fueran casi todas de Barcelona en ARNAL, Jesús, op. cit., p. 95; lo que sin embargo no quita importancia a la presencia de quienes también eran identificadas como “milicianas” en la retaguardia –y al impacto de su presencia–, también ellas armadas con “pistolots”. Entrevista a Pepita Orús Sarrau, Fraga, 20-11-2013.

<sup>20</sup> Algo contra lo que historiadores contemporáneos han polemizado con acierto; véase por ejemplo en el caso paradigmático de la Alemania nazi a GELLATELY, Robert, (2002) *No sólo Hitler: La Alemania nazi entre la coacción y el consenso*, Barcelona, Crítica. Algunos precedentes sobre la autoexculpación y la culpabilización del otro en el ámbito español en DEL REY, Fernando: “El empresario, el sindicalista y el miedo”, en: Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 235-272; y PÉREZ LEDESMA, Manuel: “El miedo de los acomodados y la moral de los obreros” en: Pilar Folguera (comp.), *Otras visiones de España*, Madrid, Pablo Iglesias, 1993, pp. 27-64.

<sup>21</sup> PRESTON, Paul, (1998) *Las Tres Españas del 36*, Barcelona, Plaza & Janés.

constante acoso de los “extremos en lucha”, deviniendo mártires liberales, como ilustra el caso del político católico y catalanista Manuel Carrasco i Formiguera; o bien su vida y su obra han sido adecuadamente filtradas para ser rehabilitados como demócratas, como muestran los casos de José Luis López Aranguren, Pedro Laín Entralgo o Dionisio Ridruejo. Esa tercera España es también la de la “República asediada”, parafraseando una vez más a Preston, y la España de los espectadores sufrientes, como Salvador de Madariaga o Manuel Chaves Nogales.<sup>22</sup> Es, o se ha convertido con el tiempo, en una *Mater Dolorosa* casi equidistante. Sin embargo, bajo esa suerte de tercer plano se encuentra otro actor mucho más anónimo y masivo: la población civil. El nutrido número de víctimas que perecieron bajo las bombas, cuyas imágenes dieron la vuelta al mundo y fueron magistralmente immortalizadas por el pincel de Picasso, junto a aquellos perseguidos y asesinados en una y otra retaguardia, han contribuido a potenciar la condición de víctima de una difusa zona gris, la de esos “españoles, jóvenes y no tan jóvenes, [que] se vieron implicados *contra su voluntad* en la contienda”.<sup>23</sup> No obstante, lo cierto es que, en realidad, la frontera entre lo militar y lo civil es mucho más compleja, ya no sólo por los esfuerzos de guerra en la retaguardia de estos últimos, sino por su esfuerzo *también* en los frentes y su participación en la creación de un nuevo orden tras la oportunidad abierta por la sublevación.

Eso nos lleva a otro elemento clave del discurso sobre el “extraño”, especialmente en comunidades pequeñas y lejanas a los principales enclaves industriales y obreros. Según los relatos que más rédito sacan del discurso del “forastero armado”, parece ser que en el Aragón rural del verano de 1936, como en otras zonas, se importaron no sólo las armas y la violencia, sino también la política y el conflicto. Según se afirmaba en el informe del “Comité Regional del Frente Popular de Aragón”, fechado en el convulso agosto del 37, hasta el 19 de julio la “voluntad mayoritaria” había sido “indiferente” o como mucho “afecta a la política del F.P.” y, por lo tanto, debemos entender que no anterior a 1936.<sup>24</sup> Efectivamente, una lectura simple en clave de presencia o ausencia previa de conflicto abierto puede resultar terriblemente engañosa y puede hacernos llegar a la conclusión de que la vida en estas comunidades rurales era una “balsa de aceite”. Sin embargo, es en esos espacios donde “todo el mundo se conoce” que la política adquiere una tremenda complejidad, debida, precisamente, a ese reducido espacio de sociabilidad y a la mayor y más cercana participación de lo público e incluso de lo institucional. En cambio, estas mismas fuentes hacen menor o nulo hincapié en una sociabilidad cada vez más dividida y un auge notabilísimo del asociacionismo rural, sobre todo en las vísperas y principios de los años veinte.<sup>25</sup>

Tras ambos motivos subyace un tercer y último aspecto, no menor: el de cierta incapacidad para entender la violencia dentro de las coordenadas de lo político, o lo que es lo mismo, la afirmación de la firme división entre una y otro. Esta parcelación es un

<sup>22</sup> Los relatos de este último, escritos a modo de falsa crónica periodística, son ampliamente ilustrativos: en “La Columna de Hierro” los extremos falangista y anarquista acaban fundiéndose a través de la figura de una miliciana. En: CHAVES NOGALES, Manuel, [2006 (1937)] *A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires de España*, Madrid, Espasa, pp. 99-124.

<sup>23</sup> Muchas fuentes locales apelan a ese martirio del pueblo. La cita es de MOREA NAVARRA, Vicenç i SUNÉ MARTÍ, Ramon, (1996) *Quan la guerra. Monsó-Lleida, 1936-1939... L'exili*, Alcoletge, Ribera & Rius, p. 33. La cursiva es mía.

<sup>24</sup> Informe citado en la nota 7.

<sup>25</sup> Según José Luis Ledesma “la ausencia de violencia colectiva, pese a que algunos confundan una cosa con otra, no implica por fuerza inexistencia de conflictividad”, en José Luis LEDESMA, *Los días...*, op. cit., p. 109; lo que por otra parte implicaría una relación “perfectamente negativa” entre proceso violento y práctica política y que aquél sólo emergiese ante la ausencia de ésta, en LEDESMA, José Luis: “Qué violencia...”, p. 87.

elemento común en los discursos del poder y de las instituciones, quienes por otra parte pretenden mantener el acceso al recurso de la violencia y su control en calidad de monopolio. Sin embargo, y pese a su larga trayectoria, es una idea que ha ido evolucionando con el tiempo junto a la paulatina fijación de los valores democráticos occidentales. Sólo desde esta óptica puede trazarse esa estricta separación entre la reivindicación y la política por una parte, y la irracionalidad que induce a cierto grado de barbarie por otra. Tal clasificación, trasladada a épocas anteriores, permite fijar teleologías perfectas y desechar algunos movimientos, despolitizándolos, contribuyendo así a la preservación de cierto orden social en detrimento de conocer las verdaderas causas que engendran el hecho violento. Es también el caso de aquella “violencia íntima” dentro de la propia comunidad, que además de resultar hasta cierto punto incomprensible “porque tendemos a asumir la bondad inherente a las relaciones íntimas”, es asociada en mayor medida a la violencia criminal y mucho menos a la de cariz político, considerada más masiva e impersonal. Por contra, Stathis N. Kalyvas nos acerca al gran parecido entre la violencia criminal y la violencia selectiva en una guerra civil precisamente por su grado de intimidad.<sup>26</sup>

### 3. UNA DUDA METÓDICA: ¿DEBEMOS CAMBIAR NUESTRA PROPIA DEFINICIÓN DE FORASTERO?

Sin embargo, hay algo difícil de encajar. Si tal es la intencionalidad de estos relatos que aluden al “extraño que viene de fuera” debemos preguntarnos por qué aun así no omiten la presencia de personas conocidas entre aquellos que responden a tal definición. Pese a que algunas veces el relato de fuentes locales es de adición –unos forasteros y unos cuantos del pueblo, raras veces muchos– la distinción suele pasar desapercibida en muchos de ellos hasta que se entra en el detalle o se pregunta, momento en que empiezan a aparecer nombres y caras familiares entre aquellas “gentes ajenas”.<sup>27</sup>

Esto me indujo a plantearme seriamente la conveniencia de cambiar provisionalmente mi propia categoría de “forastero”, o al menos de ampliarla para hacerla encajar con una definición mucho más flexible, lo que en la práctica supone desbordar el sentido original del término. Quisiera conceder a tales fuentes y testimonios el beneficio de la duda antes de ver en ellas una fuerte contradicción o, incluso, un burdo aunque poco creíble descuido que hace que los lectores u oyentes sorprendamos el engaño. Por contra, ¿podría existir la remota posibilidad de que en algunos casos se considere efectivamente “forastero” a alguien que es del lugar, que no viene de fuera, que es vecino o que no es en absoluto un extraño?

Si rebasamos hasta tal punto la categoría y el significado, el perfil que se da con más frecuencia es el de alguien del pueblo que fue acompañado por un grupo más o menos nutrido de “forasteros”. Sin embargo, no se trata sólo de una cuestión de “número”, sino también a que, aunque fuera *tras* ellos, aquél se comportó conforme a una dinámica que no se había producido hasta la fecha en el lugar y que se considera sin duda “importada”.<sup>28</sup> Destaca en los relatos traumáticos de sus convecinos, como en el caso de Felisa Puyal, la destrucción del patrimonio, normalmente religioso y de cierto valor, que formaba parte del horizonte físico y cotidiano del pueblo y que representaba en gran

<sup>26</sup> KALYVAS, Stathis, op. cit., pp. 455-456.

<sup>27</sup> AGMAV, Carpeta 577, 1, 4, p. 5.

<sup>28</sup> Muchos testimonios coinciden en que de no ser por la presencia de esos agentes externos nunca se habrían dado las circunstancias adecuadas para destrozos y muertes en el pueblo, como alega Antonio Castañ y puede ampliarse en la cita 30.

medida su “orgullo”, ¿cómo explicar que alguien del pueblo lo dañase?.<sup>29</sup> En algunos relatos incluso se omite la confluencia entre grupos armados y gente de la localidad. En el caso de Monzón, en el Cinca Medio, el cruento asesinato de más de veinte personas en la Plaza Mayor del pueblo, atribuido al paso de una columna, forma parte de uno de los recuerdos más negros de esos días para los montisonenses. Lo que las fuentes locales posteriores no relatan y sí incluye en cambio la Causa General franquista es que un vecino “se opuso, gritando hasta congestionarse, a que esta gente armada continuase su camino sin que «se hiciera justicia» diciéndoles «que estaba cansado de camelos» y añadiendo que «se hiciese justicia en el acto»”

Precisamente, parece ser, según el testimonio que relata los hechos, que “debido a tal inducción se cometieron aquella noche bastantes crímenes”.<sup>30</sup> Otras víctimas incluyen en sus relatos posteriores una connivencia extrema y posiblemente exagerada entre el individuo armado y una multitud enfurecida local. En Binéfar, a la salida del almacén habilitado como cárcel, Jerónimo Ortiz, detenido y en aquellas fechas seminarista e hijo de uno de los que se añaden a la sublevación local, encuentra a “la hez de la plebe, [que] clama, grita, ebria de furor, loca de alegría, puño en alto, ensordecedora y desafortunadamente: «¡A matarlos, a matarlos!»”, lo que se habría repetido en otras poblaciones hasta su último destino, Lleida. Parecida es la crónica del también arrestado Jesús Castro Calvo, de Azanuy, quien relata que “a los revolucionarios de fuera se les había unido *todo* el pueblo”.<sup>31</sup>

Sin embargo, más allá de esta complicidad entre actores locales y los grupos armados externos de paso, las condenas de algunos de los primeros comités, o las declaraciones de algunos individuos de la comunidad tiempo después ante las autoridades republicanas, no esconden que los motivos para hacer justicia emanan de una parte del propio pueblo, y del profundo conocimiento y problemática convivencia anterior entre algunos de sus miembros. Sólo así se podía detener a “seis burgueses” en San Esteban de Litera por pertenecer a Falange “como era público y notorio en el pueblo”; y sólo así se podía tener conocimiento de las actividades de una vecina del pueblo de Alcampell, quien “excitaba a todos cuantos tenían ocasión de compartir con ella a que la Guardia Civil hostigara sin piedad a los camaradas que pugnaban por desterrar la tiranía”. Todos fueron fusilados.<sup>32</sup> Desde el comité local de Azanuy, aunque de modo más ambiguo, se emite también en octubre del 36 un informe sobre un individuo que “ha sido toda su vida un reaccionario y llevaba aun en la República un santocristo en la solapa, por lo cual nosotros no podemos ser responsables de sus actos”, lo que revela no sólo el conocimiento de su ideología desde largo tiempo atrás, sino el recuerdo exacto de su comportamiento.<sup>33</sup> De igual modo, las fuentes de la Causa General franquista, aunque parciales, muestran el grado de obstinación que había tras algunas muertes, como en Peralta de la Sal, donde un individuo presuntamente liberado por el comité moría poco des-

<sup>29</sup> Entrevista a Felisa Puyal.

<sup>30</sup> AHN, Causa General 1409.26; otro relato de los hechos, el manuscrito de un trabajador ugetista de la localidad, fechado en la década de los ochenta, arremete contra los actos de los incontrolados –a los que invariablemente denomina “aguiluchos”– y omite ya no sólo una posible inducción local, sino las siglas de la columna: no clasificado, Centro de Estudios de Monzón y Cinca Medio, y transcrito parcialmente en ABAD BUIL, Irene, (2008) *Un presente construido. La historia de Monzón en el siglo XX*, Delsan-Ayuntamiento de Monzón, pp. 167-176.

<sup>31</sup> ORTIZ, Jerónimo, (2007) *Año 1936 y siguientes*, Lleida, Milenio, pp. 34-35; CASTRO CALVO, José María, (1968) *Mi gente y mi tiempo*, Librería General, 1968. La cursiva es mía.

<sup>32</sup> Declaración, febrero 1938 y “Acusaciones que presenta el Comité central de la villa de Alcampel, contra Elvira Carrera Pena”, 31 de octubre de 1936, en: AHN, Causa General, Pieza Quinta «Justicia Roja», 1413.11.

<sup>33</sup> Archivo Local de Azanuy 70/6 Correspondencia 1936-1937, Informe del 4 de octubre de 1936.

pués, asesinado fuera de la localidad por sus propios convecinos.<sup>34</sup> Estos ejemplos no son más que una muestra de cierto clima que José Enjuanes, un integrante de las Juventudes Socialistas de Alcampell, define como de tensión entre los miembros de la propia población, donde “tothom només feia que vigilar els altres”.<sup>35</sup> Aun así testimonios de otros pueblos, como el de Fraga, capital del Bajo Cinca, donde algunos de los miembros del comité se opusieron ante grupos armados a dar muerte a los presos, al menos sin juicio previo, relatan que de haber sido por los de la localidad: “estem tots convençuts que tal cosa no hagués passat, haguessen estat presos com ja els tenien, però així com s’hagués segut desenvolupat no”. No obstante, una hora después, el mismo testigo entrevistado que había hecho tal afirmación me explica un accidente ocurrido, transcurridos ya unos meses, a dos miembros del comité local, a los que conocía bien, al intentar atentar con bombas de mano contra una reunión de vecinos reacios a la revolución. ¿Acaso se había iniciado tras el paso de aquellos grupos armados un camino de no retorno también en lo tocante a las violencias dentro de la comunidad?<sup>36</sup> En este sentido, las palabras de un individuo de Binéfar en una carta dirigida a su familia desde Belchite, en septiembre del 37, son un clara muestra del grado de normalización del hecho violento al que se llegó en ocasiones en estos enclaves, concebido casi como un trámite: “aun nos quedan por matar el párroco y dos curas, pues estos están para declarar y no sé cuando les tocará, pero yo creo que ya se les acerca”. Es lógico entender ante tanta naturalidad que no esperaba que los de casa se escandalizaran por su proceder.<sup>37</sup>

Sin embargo, la violencia intracomunitaria es ciertamente compleja en su proceder y tiene, o presenta, ciertos límites al parecer infranqueables. Algo que se observa de modo casi invariable es que la violencia es mayor y más extendida en el tiempo ante el paso de contingentes de gente ajena, incluso no conocidos por la comunidad, extremo ya constatado por José Luis Ledesma, quien apunta a que fueron ellos los que “llevaron el peso de la tarea depuradora”, algo que, por otra parte, María Thomas ha detectado en las violencias anticlericales en lugares como Madrid y Almería. Además, otros rastros del paso de estos grupos son el encarnizamiento con la víctima o la muerte pública, vetada en los casos de crímenes efectuados por personas de la localidad ante la posibilidad de reconocer al verdugo.<sup>38</sup> Lo cierto es que parecen ser más abiertas o colectivas las violaciones de propiedad, como en Tamarite, donde “una mayoría de vecinos” asaltaron algunas casas ricas y comercios a lo que se unió “el elemento extremista de la localidad, la mayoría mujeres”.<sup>39</sup> Sin embargo, aunque los datos también nos indican que de modo recurrente los poderes locales actuaron como verdaderos límites de contención ante las

<sup>34</sup> AHN, Causa General 1412.51, Informes de la Guardia Civil.

<sup>35</sup> ENJUANES, José y ESPLUGA, Josep, op. cit., p. 77.

<sup>36</sup> Entrevista a Antonio Castañ. María Thomas y José Luis Ledesma insisten en ese “aplastamiento” de lazos comunitarios tras la entrada de grupos armados en pequeñas localidades que habrían creado un clima de excepción e inaugurado nuevos planos de violencia comunitaria.

<sup>37</sup> La carta en el AHN, Pieza Décima de Huesca: Persecución Religiosa 1415.4. En algún caso los milicianos procedentes de la localidad, aunque se hallaran combatiendo en el frente, proyectaban una larga sombra sobre las violencias del pueblo de origen y podían actuar como grupo de presión para que se tomaran resoluciones taxativas acerca de los presos, como el caso de unos milicianos procedentes de Sástago recogido por José Luis Ledesma en *Los días...*, op. cit., p. 125.

<sup>38</sup> José Luis LEDESMA, op. cit., *Los días...*, p. 107; María THOMAS, op. cit., pp. 183, 214, 215. Un caso de acarnizamiento o de vejación de cadáveres en AHN, Causa General de Binaced, 1411.7. El hecho de “no verlo” se declara como una herramienta efectiva: Felisa Puyal recuerda vivamente la iconoclastia perpetrada delante de la puerta de su casa, en la Plaza Mayor de Tamarite, pero sólo ante mi mención de los asesinatos los recuerda con un “¡Ah, sí, claro!”.

<sup>39</sup> AHN, Pieza Octava de Huesca, Delitos contra la propiedad 1414.9. Esta mayor participación de la población local en los saqueos que en otros episodios violentos se observa también en otros conflictos, por ejemplo en el caso croata, como indica Alexander Korb, op. cit., p. 295.

violencias externas, como apunta el propio caso del cura-secretario Jesús Arnal, aspecto por otro lado íntimamente relacionado con una enraizada concepción de la autonomía local y el consenso comunitario, no son pocas las referencias que, como se ha mostrado, indican que de forma recurrente los actores locales no sólo fueron protagonistas, sino instigadores o bien “beneficiarios” de esas oportunas injerencias externas en la comunidad. No sólo sirvieron de base para la colocación de poderes revolucionarios, también en lugares donde el componente de las fuerzas de este signo había sido hasta la fecha muy minoritario, sino también como recurso idóneo ante el problema de extender la revolución a nivel local y obtener cuotas de poder político en la comunidad, lo que pasaba forzosamente por una dosis de violencia mayor o menor según el caso.<sup>40</sup> También el “secretario de Durruti” relata por su parte que, durante su estancia entre los hombres de la columna, conoció el pacto existente entre comités y unos grupos a los que tacha de meros bandidos y mercenarios: “algunos de los Comités de los pueblos no tenían valor suficiente para matar ellos; pero lo deseaban, lo buscaban, y para cubrirse, llamaban a los grupos dedicados al robo y al asesinato”.<sup>41</sup> También José Trenc, militante de la CNT, de Albelda, expresa su entera satisfacción al ver escoltado por un grupo armado al que fuera alcalde de la localidad durante los hechos de 1933, cuando se intentó, como ocurrió en otros enclaves, proclamar el comunismo libertario en el pueblo. Tanto el responsable de las palizas presuntamente propinadas entonces a aquellos revolucionarios como otros de sus cómplices fueron pasados por las armas y con ello “les dieron su merecido”. Aun así, pocas veces encontramos a un testigo que se autoinculpe con orgullo como lo hace Trenc con ocasión de otro crimen. Tras el tiroteo que en Tamarite de Litera ocasionó numerosas bajas entre los guardias civiles que se hallaban en la localidad para su inmediata sublevación, uno de los que logran escapar, procedente de la plantilla de Albelda, vuelve a su localidad. Después de una intensa búsqueda por las inmediaciones del pueblo, finalmente lo hallan y Trenc es quien le dispara primero: “Misión terminada”.<sup>42</sup> En cambio, muchos militantes serían partícipes y en cierta medida artífices de la versión del forastero armado, catalán para más señas, entre los que había “muchos incontrolados”, como argumenta en sus memorias Joaquín Raluy, de Esplús, quien por otro lado aparece como uno de los artífices de los crímenes en la Causa General de la localidad.<sup>43</sup>

No obstante, y a pesar de esta confusión entre el elemento externo y los habitantes de las propias localidades, la clave parece estar en mayor medida en una segunda tipología de “forastero”. En alguien que no era en absoluto un desconocido, sino que formaba parte del horizonte cercano a la comunidad, procedente las más de las veces de alguno de sus pueblos limítrofes. En primer lugar, debemos tener en cuenta la alta porosidad territorial y relacional que mediaba entre diferentes enclaves rurales. Lejos de la comunidad cerrada en sí misma que parecen evocar algunas fuentes, a mediados de la

<sup>40</sup> Tanto José Luis Ledesma, op. cit., “Qué violencia...” como Maria Thomas, op. cit., pp. 182-192, lo proponen como uno de los ejes principales de las violencias locales.

<sup>41</sup> Jesús ARNAL, op. cit, p. 49; alude asimismo a los “acusadores de los pueblos” que venían a entregar reos a la columna, p. 131.

<sup>42</sup> TRENC, José, (1996) *Recuerdos históricos de un militante de la CNT-AIT*, Figueres, Gràfiques Canigó, p. 106. Ese mismo recurso a la violencia de pueblos vecinos para sofocar la propia reacción local en Cretas, Matarraña turolense, en: SIMONI, Renato y Encarnita, (2013) *Queretes. La col·lectivització d'un poble aragonès durant la guerra civil (1936-1938)*, Calceit, Associació Cultural del Matarranya, p. 164. Los testimonios orales admiten ante la pregunta directa que “això no vol dir que no n'hi hagués del comitè que s'alegraven que es massacressen”, en la entrevista a Antonio Castañ; y de igual modo en el caso de Felisa Puyal “ah pues claro, debía haber alguno de otra cuerda...”.

<sup>43</sup> RALUY, Joaquín, (2011) *El laberinto del destino. Memorias de un libertario aragonés*, Huesca, Diputación Provincial de Huesca-Institut d'Estudis de la Llitera, pp. 74-75.

década de los treinta tanto las redes de migración como los desplazamientos con fines comerciales, de trabajo u otros habían formado un rico tejido de sociabilidad en el área rural aragonesa, de modo que los habitantes de los pueblos conocían sus inmediaciones y las gentes que moraban en ellas; y no sólo eso, sino que además conocían, y algunos de ellos visitaban con asiduidad, lo que había más allá del horizonte inmediato. La guerra actuó como catalizador de esas relaciones y los enlaces interlocales fueron un factor determinante para la extensión de un determinado orden de retaguardia, y en consecuencia, para la extensión del hecho violento. Los organismos comarcales de militancia, creados en algunos casos ya desde el inicio de la República de modo más o menos estable, como ocurre con la comarcal de la CNT de Monzón, con su primera sede en Alcampell, extenderán su radio de acción de inmediato ante las primeras noticias de la sublevación. En La Llitera, tras recibir una carta de la Regional de Aragón, “inmediatamente se informó a la militancia de la comarca y se tomaron acuerdos propios para [la] intervención”. Como la situación era confusa, la militancia de la comarca quedó “en relación permanente por lo que pudiera suceder”.<sup>44</sup> En La Llitera, como pasa en otras partes, es habitual que los sospechosos que figuran en las declaraciones posteriores de familiares o convecinos de las víctimas apunten más a personas de otros pueblos de la comarca que a meros “desconocidos”, que también aparecen en algunos pocos casos. En su lugar, se habla de elementos de la propia comunidad que estaban “en relación con los individuos desalmados de fuera”, haciendo referencia a personas de estas localidades próximas.<sup>45</sup> Muchos de los grupos encargados de impartir justicia que emergieron en fechas tempranas tenían carácter comarcal y actuaban en su radio, a veces incluso fuera de la propia comarca pero en lugares próximos, como demuestran declaraciones posteriores y se hace patente ya en los mismos informes contemporáneos a los hechos. Se nombra por ejemplo, en varias ocasiones, a unos elementos del Grupo de Investigación de Binéfar, quienes detienen a miembros de poblaciones vecinas para conducirlos y, muy a menudo, ajusticiarlos en la localidad. Es el caso de unos individuos de Berbegal, en el Somontano, cuyas detenciones “tenían como fundamento una denuncia escrita a máquina, sin firma legible y con características de estar inspirada en venganza personal”; detenidos por los de Binéfar, los miembros de una Columna pretendieron evitar mediante “toda acción violenta” necesaria que aquéllos se llevasen a los detenidos, todos de significación izquierdista, lo que por otra parte puede hacernos pensar que eran individuos de la localidad que volvían del frente, quizás en auxilio de la población. Este conflicto de matriz interlocal se zanjó, según la delegación informante, gracias a la mediación del Consejo Regional de Defensa de Aragón, que intervino apaciguadoramente.<sup>46</sup> Por otro lado, era habitual que las iniciativas de tipo colectivista tuvieran el amparo

<sup>44</sup> *Realizaciones...*, op. cit., pp. 12-13, 123. Del mismo modo, las ayudas entre localidades son cruciales en esos primeros momentos para evitar el triunfo de los sublevados en la comarca, pp. 83, 94, 140. En otras zonas, como en Utrillas, tras el nombramiento de un comité local CNT-UGT y el “secuestro” del cuartel de la Guardia Civil “se organizó la defensa del pueblo, el cual, a los pocos días, se encontraba cercado dentro de un apreciable radio de acción, que acogía a varios pueblos”, en: FORTEA GRACIA, José, op. cit., p. 25.

<sup>45</sup> AHN, Causa General de Gabasa 1410.20, expresión similar a las que podemos encontrar en los expedientes de Purroy de la Solana; por otro lado, la Pieza Primera de Huesca de Providencias, oficios e informes está llena de casos que aluden a la muerte de personas en la ciudad o a manos de otros comités de la comarca. Lo mismo recoge José Luis Ledesma en *Los días...*, op. cit., p. 89, acerca de las víctimas en Caspe.

<sup>46</sup> AGMAV, Carpeta 82, 1, 2, p. 38: “Anormalidades en varios pueblos”, el Consejo Regional de Defensa de Aragón dice desconocer los autores de tales violencias. Los mismos “incontrolados” de Binéfar, según emite la Asesoría Jurídica del Frente de Aragón tras los hechos de mayo del 37, se dedicaron a provocar “desmanes” en los pueblos limítrofes, en la carpeta 577, 1, 4, pp. 1-3. Los milicianos de Binéfar son pre-

de elementos de poblaciones vecinas, como ocurría en otras zonas. En la localidad turolense de Valderrobles, por ejemplo, se reunieron “anarquistas de pueblos próximos, los Libertarios del mismo Valderrobles y personal de Investigación” para llevar a cabo la colectivización.<sup>47</sup> Sorprendentemente, en algunas ocasiones el tejido de violencias comunitario tiene tal influencia que incluso llega a la ciudad y los verdugos y delatores son individuos de la localidad que se encuentran emigrados en ella. Allí tiene lugar la detención o muerte de las víctimas, también procedentes del mismo enclave, quienes las más de las veces habían huido del lugar de origen por temor a represalias y son oportunamente interceptados por este enlace en la ciudad.<sup>48</sup> Esta intensa itinerancia de grupos violentos es algo observado en muchas localidades y con mayor frecuencia parten de aquellos enclaves medios que ejercían un radio de influencia a su alrededor, como en el caso de Binéfar o Tamarite. Esta misma dinámica se repite en otras zonas: el rusofrancés George Sossenko (Mikhail Kirilovich Burenko) observaba pocos días después de su llegada a territorio aragonés que en Caspe, centro comarcal y sede del Consejo Regional tras su corta estancia en Fraga y en La Llitera, eran los hombres de su unidad los únicos milicianos, “ya que varios uniformados y civiles locales armados se movían alrededor desempeñando tareas diversas”.<sup>49</sup>

En cualquier caso, que tras la quiebra de los poderes y la emergencia de otros nuevos alguien de un pueblo próximo interviniera en los asuntos internos de la comunidad, en sus propias estructuras de poder o en el ejercicio del control social y la administración de la violencia, podía ser considerado como una clara intromisión en lo propio, lo que convertiría de inmediato al vecino en “forastero”, aunque no en un extraño. Eso pasa por ejemplo en la localidad de Camporrells, también en La Llitera, con la toma del poder por parte de un comité formado por elementos de la comarca, foráneos y locales.<sup>50</sup>

En este sentido, y estrechamente relacionado con el fértil tejido de contactos y enlaces, encontramos un tercer factor clave en la construcción del mito del “extraño” y lo que podía ser considerado como tal, algo que también puede llevarnos a una nueva definición de “forastero” diferente de la propia: la construcción en red de militancias, especialmente de aquellas ligadas a movimientos radicales. Ya el republicanismo había apostado por una conquista del espacio rural sin precedentes con una intensa campaña de penetración mediante giras, centros e iniciativas reivindicativas como huelgas y manifestaciones, lo que será seguido de cerca por otras culturas políticas modernas como el anarquismo, el socialismo o el fascismo y, con efectos más tardíos en Aragón, el comunismo. La presencia de núcleos reducidos de militantes en localidades pequeñas implicaba la ineludible unión de esfuerzos entre ellos para llevar a cabo iniciativas como la que en 1933 pretendió la proclama del comunismo libertario en algunos pueblos de la región. En la comarca de La Llitera se organizó ya en el primer día del movimiento “una guerrilla de carácter comarcal que iba recorriendo los pueblos de la Comarca como enlace, y, al mismo tiempo para ayudar a algún pueblo si éstos lo necesitaban”;<sup>51</sup> y no sólo eso, sino que la escasez de efectivos hacía por otro lado necesario urdir un impres-

---

sentés en monografías locales, un ejemplo en: ALÓS PASCÁU, Antonio, (2003) *Calasanz e un llugá chico*, Zaragoza, Flor de Nieu, pp. 48-49.

<sup>47</sup> AGMAV, Carpeta 577, 1, 4, p. 4. Por otro lado, como observa Susan Friend Harding en la localidad oscense de Ibieca, en la Hoya de Huesca, véase: FRIEND HARDING, Susan, (1984) *Remaking Ibieca. Rural Life in Aragon under Franco*, Chapel Hill, University of North Carolina.

<sup>48</sup> AHN, Causa General de Albelda 1412.35.

<sup>49</sup> SOSSENKO, George, (2004) *Aventurero idealista*, Cuenca, Universidad de Castilla La Mancha, p. 117.

<sup>50</sup> AHN, Causa General 1412.45.

<sup>51</sup> *Realizaciones...*, op. cit., pp. 16, 48. La entente incluía poblaciones catalanas, como Alguaire.

cindible tejido de apoyos ante la inminente represión, como apunta Cèsar Broto, de Lleida:

El veïnatge amb Saragossa, Osca i la Ribera del Cinca, des d'on van baixar cap a Lleida militants valuosos i abnegats, va establir una solidaritat entre les respectives organitzacions locals (...) van enviar els seus fills petits a Lleida perquè en tinguessin cura els militants lleidatans

Curiosamente, Broto habla de un tipo de militante “aragonés” muy comprometido y mucho más impetuoso que los de la capital del Segre, entre los que había un plantel de “jóvenes iconoclastes”, muchos de ellos pedagogos, “plens d’entusiasme i disposats sempre a «fer alguna cosa»”, a lo que añade: “A aquests, el difícil era frenar-los”.<sup>52</sup> La distribución de prensa, las charlas o incluso la penetración de ciertas ideas mediante la figura itinerante del maestro, como ilustra el caso del anarquismo aragonés, son elementos que la comunidad podría haber considerado lógicamente sobrevenidos, más aún cuando implicaban la presencia de personas de fuera de la localidad. En este sentido, Antonio Castañ alude, no sin cierto amargor, que a los de Fraga, desde siempre:

Els forasters mos han pres per tercemundistes, que som una porqueria, i és així, perquè alcaldes i tot, sempre tots forasters, tots forasters, i a Fraga hem estat tan llauradors, tan del *terruño*, que no hem sabut sacrificar, hem set los menos sacrificats, pa estudiar! Sempre mos havien de dirigir, i antes de la guerra, quan l’obrerisme, havia de ser un Alberola, també un foraster home! No podia haver-hi un cualquiera de Fraga, pos no! Havia de ser un foraster!

Es él mismo, no obstante, quien ha atribuido escasamente media hora antes todo el protagonismo en la importación de ideas a la figura de José Alberola, el maestro libertario venido de Ontiñena, aduciendo que él “era la *voz cantante*, els altres no pintaven re ni traça que tenien pobrets”.<sup>53</sup> Si ya en tiempos pretéritos la influencia de estas nuevas corrientes podía observarse bajo el prisma del recién llegado que “arrastra” y los lugareños que nada pintaban, nada sabían y que habían sido meros seguidores, ¿en qué modo podía haberse concebido la llegada de un volumen mucho mayor de “forasteros” tras el estallido de la guerra, por poco extraños que fueran algunos de ellos, y su coincidencia con unas prácticas violentas producidas en una escala nunca antes conocida en la comunidad? Tras la combinación de ambos elementos el problema parece tener fácil solución. Sin embargo ésta, a la luz de los datos, se revela enormemente imperfecta.

#### 4. APUNTES PARA UNA TAREA IMPRESCINDIBLE

Dilucidar el grado de participación y complicidad de los actores locales en las violencias de la retaguardia no tiene por objeto una redistribución de culpas, sino la entera comprensión de las dinámicas de la violencia en un contexto bélico y en una sociedad marcada por la crisis y el estado de excepción permanentes. Sin embargo, y como advirtiera Stathis N. Kalyvas, las razones deberían buscarse menos en una sentencia natural que condena al humano a ir contra el prójimo en circunstancias adversas y más en cambio a la lógica de la “competencia interpersonal”.<sup>54</sup> Esto supone, además, hacer una in-

<sup>52</sup> BROTO, Cèsar, (2006) *La Lleida anarquista. Memòries d’un militant de la CNT durant la República, la guerra civil i el franquisme*, Lleida, Pagès, pp. 66, 74.

<sup>53</sup> Entrevista a Antonio Castañ.

<sup>54</sup> KALYVAS, Stathis, op. cit., p. 496.

curción hacia una mayor comprensión de la división social y del mapa ideológico de la comunidad, evitando el patrón del comportamiento “tipo”, militante o “gris”, descartando medir las respuestas de cada cual como meras desviaciones respecto a estos.

El resultado final es, por lo tanto, una reivindicación del oficio del historiador e historiadora, cuya tarea no reside en hacer compendios o recoger de forma acrítica todo testimonio o producción literaria anterior. Muy al contrario, significa averiguar, pensar y explicar, para cuyo fin necesita utilizar los conceptos de forma adecuada. Es por ello que para mí ha sido un paso clave cambiar mi propia definición del “forastero” con el fin de acercarla a aquella que entendía que le era otorgada en algunas fuentes. Pero no ha sido ni mucho menos el último. Si bien he querido entender la aparición del término en un determinado contexto, no puedo sancionarla en mi investigación; esto es, las y los historiadores no podemos aceptar al “forastero”, al “desconocido” o al “extraño” como categorías analíticas útiles en nuestro relato, ni siquiera omitiéndolos en él pero dando por sentada su presunta existencia y actuación más allá de los márgenes de la sociedad o comunidad que estudiamos. Teniendo en cuenta los argumentos expuestos y los hechos reseñados resultaría falaz considerar estos conceptos y sus sinónimos como operativos ya que, si bien podemos comprender la complejidad que hay detrás de tales denominaciones, no la reflejaríamos en su inclusión literal y, en consecuencia, reduciríamos drásticamente su significado contribuyendo, una vez más, a alimentar el mito.

Lo dicho pretende ser una propuesta metodológica global que, más allá del estudio de caso, contribuya a la comprensión de una dinámica de la violencia observable en muchos otros contextos bélicos o traumáticos y a ahondar en la complejidad no sólo de los hechos, sino de su relato posterior.